

## DISCURSO DE INAUGURACION

**Piero Basseti**  
**Presidente del Instituto para las Relaciones**  
**entre Italia y los Países de Africa, América**  
**Latina y Cercano Oriente**

Centroamérica es una de las tantas “áreas de crisis” que proliferan en nuestro planeta. Desde hace algunos años la región centroamericana se encuentra azotada por desórdenes, insurrecciones, guerras civiles latentes o guerras formales desatadas entre estados. Varios millares de personas han muerto por la violencia y la guerra, por lo menos millones de centroamericanos han sido obligados a dejar sus respectivos países para buscar asilo en México o en Estados Unidos. Las economías del área, ya afectadas duramente por la crisis de la economía internacional, han sido desahuciadas por los conflictos y por las guerras y han sufrido una severa recesión en los últimos años. Delimitado geográficamente y políticamente a algunas fuerzas políticas internas y a causas prevalentemente endógenas, el conflicto se ha ampliado ya a nivel regional e internacional. Esto ha sucedido porque sobre el presupuesto originario de “un conflicto local” se ha desarrollado, más o menos artificialmente, la amplitud del conflicto este-oeste, de una confrontación que como tal, compromete las estructuras generales del sistema y puede potencialmente hacer peligrar los equilibrios internacionales.

Es, hasta demasiado inmediata la tentación, para los observadores externos y para las mismas fuerzas políticas de un país como Italia y en general de Europa, sentirse con derecho a juzgar una situación que parece encaminada, casi por inexorabilidad histórica, a reproducir situaciones de crisis y de disgregación que se han producido anteriormente en otras áreas del mundo. La lejanía puede ciertamente producir efectos de distorsión y mala interpretación de la realidad. Estamos concientes de que los procesos políticos, sociales y culturales con los cuales Centroamérica está dolorosamente encontrando su propia identidad y su propia forma de desarrollo, de democracia y de paz, serán de todos modos difíciles y controversiales. Podemos sólo esperar y hacer votos para que las injerencias de las grandes potencias no se sumen a los inevitables desgarramientos de una transición que debe hacer justicia sobre tanto atraso y sobre tantas contradicciones.

De nuestra parte queremos evitar toda hipócrita “equidistancia.” Existen algunos principios fundamentales que, aun en distintas condi-

ciones históricas y geopolíticas de varios continentes y de varias épocas, tienen un valor en cierta forma, absoluto.

Europa tiene fe en ellos no por una soberbia y arbitraria presunción de superioridad, sino más bien porque la experiencia ha demostrado que los "atajos" de tipo autoritario terminan por ser contraproducentes, justamente respecto a las finalidades de aquel desarrollo y de aquellas integraciones que pretenderían facilitar las violaciones al derecho internacional o a los derechos fundamentales, de la sociedad como de los particulares, son de por sí execrables y no han faltado foros donde dicha execración se ha vuelto condena formal. Si hoy la tensión mayor, en el área centroamericana, se enfoca en Nicaragua y en El Salvador, es porque en Nicaragua y en El Salvador, aun siendo centros de densos procesos políticos significativos que han suscitado más de una esperanza, no se han alcanzado todavía las condiciones mínimas para garantizar que los experimentos políticos, sean ellos revolucionarios o reformistas, sean aceptados y compartidos por todas las fuerzas políticas y sociales que tienen, como tales, el derecho de contribuir a la creación de una sociedad nueva.

Entre tantas dificultades, sin embargo, el panorama político centroamericano, no se ha mantenido estático. Podemos citar como un avance la indudable "tensión hacia la democracia" que se expresa en la voluntad de la gente de incidir más en las actividades políticas, de participar como sujetos de derecho y no como objeto, o como simples espectadores. Se han producido resultados definitivos en este sentido en términos políticos e institucionales. En Costa Rica, Honduras y Guatemala recientemente se han hecho elecciones presidenciales y parlamentarias las cuales han llevado a un cambio notable en la clase dirigente. También se han tenido elecciones en las sufridas repúblicas de El Salvador y Nicaragua, unas elecciones tal vez controvertidas, pero de por sí significativas.

La novedad más importante es el retorno a la democracia en Guatemala, después de tantos años de dictaduras militares y la elección de Vinicio Cerezo como presidente de la república. El presidente Cerezo, quien mañana hablará ante esta asamblea, ha demostrado durante los breves meses de su mandato, querer ser un hombre de paz y abierto al diálogo. Promoviendo, en mayo de este año, la reunión de jefes de Estado de los cinco países centroamericanos en Esquipulas,

Cerezo dio un aporte esencial a la búsqueda de un acuerdo estable entre los países del área, apto para favorecer la comprensión recíproca y, por lo tanto, la paz. En su discurso en la cumbre de Esquipulas, Cerezo dijo: "nuestra intención es dar el primer paso en un largo camino para alcanzar aquel viejo sueño centroamericano que es la unificación de todos los países de Centroamérica en una federación de repúblicas hermanas que procuren colaborar en la creación de su destino común."

Del encuentro de Esquipulas ha surgido un muy evidente mensaje político, el cual se puede resumir en el lema "Centroamérica para los centroamericanos." Ha surgido, además, una decisión concreta: la de crear un parlamento centroamericano "electo libremente con sufragio universal directo, en el cual se respete el principio del pluralismo político." Es un proyecto que encontrará seguramente el favor de las fuerzas políticas italianas.

Mientras tanto, todos los gobiernos democráticos que están actualmente en el poder en Centroamérica, objetos de justas expectativas para la opinión pública de cada país en especial y de toda el área en general, necesitan consolidar su legitimidad y su aceptación popular. Para alcanzar esta finalidad se necesitan dos condiciones fundamentales: la reactivación de la economía, subsanando la depresión y las injusticias sociales que a largo plazo son de todos modos un grave obstáculo para el desarrollo, y la solución concordada de los conflictos regionales.

Los procesos políticos no son nunca casuales o inducidos de manera abstracta por fuerzas externas, por el contrario, tienen siempre raíces históricas y sociales complejas.

La inestabilidad de Centroamérica no es una invención de los sociólogos ni de los intelectuales: es el resultado de decisiones políticas y sociales que se han venido afianzando con el transcurso del tiempo.

Si se toma en cuenta un poco la perspectiva histórica, se comprenden las razones que han hecho de Centroamérica un área tan inestable, conflictiva y de gran polarización política. Centroamérica ha entrado en la era moderna, cargando con grandes desequilibrios sociales, económicos y culturales, típicos de los países que se definen genéricamente del tercer mundo.

Después de 150 años de independencia las economías de la región siguen siendo esencial-

mente unas economías agro-exportadoras que dependen por completo de 5 ó 6 productos de exportación, los cuales generalmente no son vitales para los países desarrollados y que forman una canasta que algunos economistas han llamado, no sin ironía, "economía del postre."

Con todo esto Centroamérica ha experimentado un apreciable crecimiento económico en los 30 años que siguieron a la segunda guerra mundial. Algunos países como Costa Rica y Guatemala han alcanzado niveles de desarrollo sin duda superiores a los de varios otros países en vía de desarrollo.

Según un estudio de la CEPAL, el producto interno bruto de Centroamérica en su conjunto ha crecido con un ritmo de 5.3 por ciento anual en términos reales entre 1950 y 1978.

En consecuencia, también la renta per cápita casi se ha duplicado durante este período, por lo menos teóricamente. Dentro de este proceso, el sector industrial ha sido el más dinámico, tanto que la participación de dicho sector al PIB ha pasado del 14.6 al 24.1 por ciento entre 1950 y 1980. El crecimiento de las economías de Centroamérica ha sido, en parte, debido a la ampliación de los mercados regionales como consecuencia de

la creación del Mercado Común Centroamericano, y, en parte, al largo período de desarrollo de la economía y del comercio internacional en los decenios sucesivos a la segunda guerra mundial; los países de Centroamérica se aprovecharon también, en diferente medida, de este desarrollo. La influencia del sector externo ha sido determinada por el comportamiento de estas economías. El valor de las exportaciones en bienes y servicios hacia los países externos a la región ha crecido de 250 millones de dólares a 3.2 billones entre 1950 y 1978 (y proporcionalmente desde el 16.3 al 30.4 por ciento del PIB), mientras que la estructura de las exportaciones se ha diversificado notablemente tanto respecto a su composición como a su destino geográfico.

Al terminar el período que estamos analizando, las economías y las sociedades de los países centroamericanos eran sumamente distintos respecto a las de hacía 20 ó 30 años, no sólo por los aspectos cuantitativos antes recordados, sino sobre todo por los cualitativos. La estructura social, antes muy simple, se había vuelto más compleja, más interrelacionada y pluralista.

Junto a las clases sociales tradicionales, se registró el surgimiento de una clase media confi-



gurada de modo variado y antes inexistentes, este fenómeno se debió en parte, a la progresiva urbanización (sólo el 16 por ciento de la población vivía en áreas urbanas en 1950, mientras que en 1980 lo hacía el 43 por ciento, al aumentar las actividades industriales y terciarias y, en general, a la modernización y diversificación de la estructura productiva. Sin embargo, debido a las condiciones sociales y políticas prevalentes en Centroamérica, esta transformación no ha sido un factor de estabilización como lo fue en Europa, sino todo lo contrario, se ha vuelto una demanda incumplida de redistribución de ingresos y de poder político y, en consecuencia, en un factor indirecto de desestabilización.

Por lo tanto, no obstante el dinamismo económico, los países de la región, quien más quien menos, no han logrado en los 30 años posteriores a la segunda guerra mundial mejorar en forma apreciable la distribución de los ingresos ni reducir el número de personas que viven en condiciones de extrema pobreza.

Las estadísticas confirman con sus datos rigurosos esta realidad. En una población de 22 millones de habitantes (1980), casi 7 millones vivían debajo del límite mínimo de la pobreza, en el sentido de que no disponían ni siquiera de unos ingresos suficientes para cubrir los gastos de alimentación indispensables para sobrevivir, y otros 11 millones alcanzaban a duras penas a cubrir algunas de sus exigencias más vitales. Esto ha sucedido a causa de la clase de crecimiento que se ha dado en Centroamérica y que la CEPAL ha llamado "desarrollo de aditamento," un desarrollo que no modifica las estructuras económicas preexistentes, ni el poder de las élites dominantes, sino que más bien se "agrega" a las mismas, produciendo nuevas clases sociales y económicas las cuales se juntan a la antigua oligarquía en un proceso de cambio y de modernización que no atañe, en su esencia, al sistema de relaciones sociales y políticas.

Las nuevas clases sociales no se encuentran en condiciones suficientes ni adecuadas para desarrollarse y avanzar. Los grandes terratenientes y agro-exportadores continúan imponiendo su "estilo" de desarrollo y continúan dominando la escena política, dejando poco espacio para la consolidación de una pequeña burguesía rural y de empresarios avanzados.

La armazón estructural de la sociedad vigente limita y sofoca el libre juego de las fuerzas so-

ciales y mantiene al margen del desarrollo económica y de la participación política, no sólo a las grandes masas, sino también a las clases sociales intermedias y de reciente constitución, las cuales surgieron durante el nuevo crecimiento económico.

Para concluir, este patrón de desarrollo o de no-desarrollo ha favorecido un crecimiento muy arbitrario y desigual, acentuando la concentración no la distribución de los ingresos y ha contribuido a la consolidación de sistemas políticos autoritarios y no participativos. Por esta razón se habla de patrón "excluyente." Cuando los cambios económicos y sociales han amenazado seriamente algunos pilares del sistema, como por ejemplo la propiedad de la tierra, entonces ha intervenido automáticamente una acción de fuerza para "poner las cosas en orden," especialmente cuando los intereses de los grupos dominantes locales se identifican rígidamente con los intereses del principal actor internacional del escenario centroamericano.

En el período 1978-1979, las tendencias económicas registraron un decidido estancamiento. El constante crecimiento de la economía, el cual se había mantenido casi por 30 años, se detuvo brutalmente en Centroamérica. En toda la región se observa una caída vertical de las tasas de crecimiento que en 1982-1983 llegaron a bajo cero en todos los países centroamericanos.

En Costa Rica, Guatemala y Honduras, el nivel de los ingresos per cápita al final de 1984 era igual solamente al de 1976, mientras que en El Salvador y Nicaragua dicho índice se volvió pasivo.

No es casual notar cómo la crisis económica ha afectado a todos los países independientemente del sistema político y del grado de conflictividad existente en su interior. Ciertamente, en países como Nicaragua y El Salvador, en los cuales las tensiones políticas internas han sido muy fuertes, la crisis económica ha sido más profunda. Sin embargo, esta misma crisis se ha manifestado con una gravedad casi igual en los otros países donde estos fenómenos no existen y es que el factor común que ha influido en todos los países ha sido la recesión de la economía internacional.

Este factor se ha venido sumando a los efectos económicos de la crisis política, o sea la drástica disminución de las inversiones privadas, la fuga de capitales y las dificultades para obtener

inversiones extranjeras provocaron una dramática recesión sin precedentes en Centroamérica, desde los años 30. Para estos países la crisis se ha traducido en una acentuada disminución en el mercado mundial de la demanda de bienes exportados tradicionalmente, en un fuerte desgaste de los términos de intercambio, los cuales se han derrumbado en un 50 por ciento, en el aumento descomunal de las tasas de interés sobre la deuda externa, la cual ha subido de 2.7 billones de dólares en 1977 a 15 billones de dólares en 1984.

El futuro de las economías centroamericanas permanece inestable e incierto. Los bancos privados internacionales son extremadamente contrarios a invertir nuevos flujos de dinero en una región considerada de "alto riesgo," mientras tanto la magnitud de los pagos para mantener la deuda es exorbitante y la región corre el riesgo de volverse muy pronto en exportadora de capitales netos. Todos estos factores deben ser tomados en cuenta constantemente.

Sin embargo, por encima de los mismos prevalece todavía la conflictividad social y política.

Sería una ilusión apoyar la reactivación económica sobre el fomento del ahorro y de las inversiones internas, si prevalece un clima de inestabilidad política y de desorden. Una gran parte de los fondos públicos es destinada para cubrir los gastos de defensa y seguridad, en lugar de emplearlos para mejorar el nivel de vida de la población. Los contrastes en el interior de los países y entre los países mismos detienen todo desarrollo económico e impiden vislumbrar una solución positiva en el campo de la cooperación regional. Los países de Centroamérica no han sido sentenciados a una depresión perenne, sin embargo, es esencial aumentar desde ahora la productividad para permitir a los gobiernos de la región reorganizar sus notables recursos naturales y humanos para fundamentar así, un desarrollo estable y sostenido. En la coyuntura actual, nos parece que los objetivos prioritarios que deben de ser perseguidos son la reducción de la debilidad externa, concentrando todas las energías en obtener la autosuficiencia en el campo de los recursos para la alimentación interna; la implementación de la productividad y una mayor eficiencia en la agricultura; el desarrollo de

tecnologías adecuadas a las actividades más significativas de las economías locales; la diversificación y la expansión en el campo de las exportaciones, no a través de una ampliación indiscriminante, sino más bien a través de una dinámica y selecta intervención en el mercado internacional; la adopción de patrones de producción que sean menos uso de capital y energía y más uso de fuerza de trabajo, siendo la mano de obra la riqueza más importante de la región.

La búsqueda de una relativa autonomía más la reducción de la debilidad externa, no son incompatibles con los otros objetivos convencionales del desarrollo y en especial con el de mayor justicia social. Por lo tanto, el esfuerzo para alcanzar la autonomía interna en la producción de alimentos no sólo contribuye a disminuir la dependencia externa, sino que también resulta ser un buen medio para alcanzar la redistribución de los ingresos per cápita en cuanto que el cultivo de productos destinados a la alimentación está, en gran medida, en manos de los pequeños y medianos agricultores, quienes podrían afianzarse más como clase social intermedia y, por lo tanto, conformar las bases para una articulación social más pluralista.

Otro recurso básico que hay que aprovechar e implementar es el elemento humano. Una política dirigida a solucionar las necesidades esenciales de la población debe proponerse como meta, alcanzar un razonable y no indigno promedio de vida para las mayorías que hasta ahora han sido excluidas de todo beneficio. Este objetivo demanda inversiones y recursos —y en este campo mucho se podría hacer a nivel de cooperación internacional—, sin embargo, se requiere también un esfuerzo de movilización y de organización en el sector educativo y en la preparación de la mano de obra en orden a prepararla a desarrollar diferentes labores adecuadas a las nuevas exigencias de la economía internacional.

La cooperación interregional es, finalmente, el instrumento más adecuado para disminuir las presiones y las interferencias impuestas por el sector externo y para compensar las fluctuaciones depresivas de la economía internacional.

**Una evaluación en conjunto de los problemas del área demuestra que no puede haber una revitalización de la economía, ni una consolidación de la democracia, sin haber alcanzado una paz estable.**



Se trata, entonces, de reforzar el Mercado Común Centroamericano, el cual ha dado resultados satisfactorios en los años cuando pudo funcionar normalmente.

La integración económica debe de abarcar todos los países de la región, sin discriminación, porque las economías son interdependientes y se complementan la una con la otra. La ampliación de los mercados y la implementación del comercio interregional darían más vitalidad al sector industrial, el cual de este modo podría promover políticas más eficientes en el campo de las importaciones, permitiendo la plena utilización de la capacidad ya existente y aumentando la eficiencia de las economías en su conjunto.

Una alternativa de este tipo debe de apoyarse en el "bloque histórico" de las fuerzas sociales más dinámicas de la región que busque destruir el poder de las oligarquías para instaurar formas democráticas de gobierno.

Las clases medias tienen una función esencial en este proceso. La especialización técnica y

administrativa de las clases medias, que hoy es muy poco y muy mal utilizada, es indispensable para la organización del Estado y de la economía y para ampliar las bases de la aceptación y participación popular en la política. Un conjunto de finalidades que comprende la autonomía, la equidad en el desarrollo, y la democracia política, puede reforzar la conciencia de identidad cultural y social de Centroamérica y contribuir a alcanzar nuevas reformas necesarias para una política de desarrollo y para construir sociedades democráticas, pluralistas, participativas.

Por encima de todas estas consideraciones, sin embargo, prevalece la exigencia de la paz. Una evaluación en conjunto de los problemas del área demuestra que no puede haber una revitalización de la economía, ni una consolidación de la democracia, sin haberse alcanzado una paz estable. Esta paz es posible sólo si en Centroamérica prevalece la vía del diálogo y de las negociaciones en la búsqueda de soluciones políticas y no militares.

Sin embargo, el problema de la paz está en directa y estrecha relación con el problema de la seguridad. Centroamérica se encuentra en una posición estratégicamente muy importante para Estados Unidos, que, desde el siglo pasado, considera la zona del Caribe como el "Mediterráneo americano" y Centroamérica como el "patio de su casa." Desde que en Centroamérica se ha desatado el huracán de las revoluciones nacionales y sociales, con más razón, esta área se ha vuelto "interesante y delicada" para Estados Unidos. Es un hecho reprochable que las potencias imperialistas modernas, igual que las antiguas, exijan una "zona de respeto" para sus fronteras, obligando a una nación, por el sólo hecho de encontrarse ubicada a la par de una superpotencia, a renunciar a las partes más esenciales de su propia soberanía; sin embargo, es ésta una situación concreta que hay que tomar en cuenta realísticamente, sobre todo si existe una situación de reciprocidad efectiva.

En el debate que se ha desarrollado en Estados Unidos sobre Centroamérica, se han distinguido sobre todo dos posiciones bastante opuestas entre sí. De un lado, había quien sostenía que las revoluciones armadas son el producto de factores internos y que en este punto es mejor para Estados Unidos favorecer los necesarios ajustes en vez de intentar la restauración hegemónica estadounidense con los antiguos métodos represivos. Por otra parte, había quien daba la precedencia a los factores externos y, por lo tanto, en especial a la influencia y al expansionismo de Cuba y la Unión Soviética. Como se puede notar, en la primera interpretación predomina una visión de estrategia política Norte-Sur; en la segunda, prevalece una perspectiva Este-Oeste.

Los resultados de la Comisión Kissinger de 1984 alcanzaron, en cierto sentido, una síntesis de las dos posiciones, porque, aun reconociendo la importancia de los factores internos, sugeridos en forma diferente, pero constante, por los varios miembros de la comisión en la relación definitiva, subrayaron el peligro de que el éxito de los movimientos revolucionarios armados en Centroamérica, representara una seria amenaza para la seguridad nacional de Estados Unidos. Toda esta insistencia sobre la seguridad nacional busca perpetuar, desde el punto de vista de Estados Unidos y de su estrategia, la dimensión "militar" del problema. El uso de instrumentos de disuasión ha prevalecido, por lo tanto, sobre el uso de las negociaciones, aún cuando sectores impor-

tantes del orden establecido norteamericano, del mundo académico y de la opinión pública se han pronunciado por una solución política y no militar, rechazando instintivamente el riesgo de una escalada hasta la hipótesis extrema de la intervención militar directa.

Los intereses de la seguridad nacional norteamericana deben reajustarse equitativamente con los intereses de todos los países centroamericanos, de México y de las otras potencias del área que temen ser excluidas en el conflicto si éste último se extendiera y se intensificara con efectos imprevisibles también para la estabilidad de los países que formalmente no participan en el conflicto mismo. Estos, por diferentes razones, y sobre todo Honduras y Costa Rica, han sido ya perjudicados por la guerra que se combate en Nicaragua por causa de "los contras."

Se vuelve entonces imprescindible la búsqueda de la paz y de la seguridad en el respeto de la soberanía de cada Estado y del principio de no intervención, que son bases fundamentales de las relaciones internacionales, tanto más válidas a la luz del derecho que se ha venido consolidando en estos últimos años. Creemos que todavía existen posibilidades reales para un arreglo pacífico de la crisis a través del diálogo, pero con la condición de que cada uno colabore por su parte y se declare dispuesto a hacer algunas concesiones requeridas necesariamente por toda negociación diplomática.

La intransigencia sólo conseguirá la prolongación de la actual inestabilidad y con ésta la agonía de Centroamérica.

La iniciativa del grupo de Contadora, a la cual se han venido añadiendo en función de apoyo, las cuatro grandes naciones democráticas de América del Sur (Argentina, Brasil, Perú y Uruguay), queda como la única posibilidad creíble para aplacar las tensiones y avanzar hacia una solución política y negociada.

Contadora se ha merecido la legitimación internacional como mediadora entre los estados y las partes en conflicto en el istmo.

Esta legitimidad descansa sobre la consideración de que Contadora es fruto de una iniciativa gestionada y promovida por países latinoamericanos con la finalidad de enfrentar y resolver un problema que atañe a América Latina y porque Contadora ha sabido proponer un método concreto y una base institucional neutral de diálogo y de negociación.

## **Para consolidar su legitimidad y su aceptación popular, los gobiernos democráticos deben reactivar la economía, subsanando la depresión y las injusticias sociales.**

En sus 3 años de actividad el grupo de Contadora ha logrado reunir a todos los gobiernos del área para discutir problemas individuales y comunes, acontecimiento de notable relevancia y dificultad, tomando en cuenta la situación de guerra existente.

Contadora logró también que se llegase a un acuerdo de base entre todas las partes interesadas —incluyendo Estados Unidos y Nicaragua— sobre los principios que tendrían que ser fundamentales para un diálogo. Ha tenido éxitos parciales, pero significativos en la labor de rebajar las tensiones fronterizas entre Nicaragua y Costa Rica. Ha diseñado un proyecto de paz muy versátil que prevé un conjunto de medidas coordinadas en tres campos: la seguridad, la democracia política y el desarrollo económico y social. Pero sobre todo ha logrado, por el simple hecho de existir, evitar el desencadenamiento de una guerra muy difícil de ser limitada y contenida en el futuro.

El grupo de Contadora ha tratado de convencer a todos los países centroamericanos de que los derechos y los intereses, incluida la seguridad, de cada uno pueden estar protegidos a través de la negociación y no a través de la fuerza. Sin embargo, su actividad se ha visto paralizada precisamente cuando se ha tocado el tema de la seguridad (prohibición de maniobras militares extranjeras en la región, limitación controlada de los armamentos de cada país, prohibición de proporcionar armas y apoyo logístico a los grupos armados que buscan la desestabilización de los gobiernos legítimos a través de la fuerza, seguridad de las fronteras, etc.). En junio de 1986, por segunda vez en 2 años, el grupo de Contadora alcanzó casi la firma de un tratado de paz, largamente negociado entre las partes interesadas, que parecía satisfacer las diferentes y contrastantes exigencias; sin embargo, en el último momento, como ya había sucedido en septiembre de 1984, todo el proceso fue bloqueado y postergado por tiempo indefinido. El grupo de Contadora confió que después de depurar los conflictos de sus elementos exógenos, se podría encontrar una solución política. Por esta razón ha evitado enmarcar la crisis centroamericana en la confrontación Este-Oeste, logrando mantenerla

en ámbitos regionales y latinoamericanos que se pudiesen, de alguna manera, controlar.

Sin embargo, la dimensión Este-Oeste, como producto de una confrontación EE.UU.-URSS que ya no conoce fronteras, influye perniciosamente en toda la región y el resultado decepcionante de la cumbre de Reykjavic puede producir consecuencias negativas también en las varias crisis regionales del mundo. ~

La experiencia de Contadora ha demostrado que, sin el consentimiento de Washington y en cierta medida de La Habana (¿y de Moscú?), las negociaciones no pueden llegar a una conclusión definitiva. No basta con que los objetivos establecidos en un tratado y las obligaciones correspondientes sean aceptados y suscritos por los gobiernos centroamericanos; se necesita la colaboración de sus apoyos internacionales que tienen poder para influir y condicionar los gobiernos del área.

Se necesita una aproximación muy amplia para resolver los problemas locales, los cuales sobrepasan seguramente su relevancia estratégica en un área donde antes se podía definir "gris," y al mismo tiempo se necesita reducir la tensión entre las "grandes potencias" mientras se intenta realizar el proceso de estabilización. Sólo así el nivel regional puede armonizarse con el nivel global.

En interés de la paz y de la seguridad, deseamos más que nunca la revitalización y el éxito definitivo para las labores de Contadora. Los países de Contadora son esencialmente unos mediadores y no persiguen finalidades hegemónicas o de otra naturaleza. Todavía el 1 de octubre de 1986, en New York, los 8 países de Contadora y del grupo de Apoyo hicieron una declaración conjunta en la cual se dijeron lo siguiente: "como latinoamericanos pedimos libertad para poder actuar, libertad para ofrecernos los unos a los otros, una solución pacífica, justa y duradera. Una solución que no es fácil de lograr, pero que, sin embargo, se alimenta de su propia expectativa fundada en la comprensión de las causas esenciales del conflicto y en el convencimiento de que los intereses fundamentales de América Latina se juegan en Centroamérica. Co-



mo latinoamericanos queremos el desarrollo de la democracia pluralista, de la economía y de todas las clases sociales en Centroamérica. Queremos demostrar con hechos concretos que nuestros pueblos pueden alcanzar la paz, el desarrollo y la justicia, sin intromisiones externas, en base a su propia determinación y a su propia experiencia histórica.”

La región centroamericana tiene sus propias estructuras que no admiten excesivas presiones externas ni extrañas. En estos años se ha podido comprobar que tanto el patrón revolucionario como el patrón oligárquico represivo, por sus propias limitaciones o por las reacciones que desencadenan, no responden a las exigencias auténticas del área. Centroamérica necesita, a la vez, desarrollo, independencia y paz: sin embargo, demasiadas veces, por culpas internas o externas, el resultado ha sido el desorden económico, la intervención de las potencias “imperialistas,” la militarización y la guerra. Tomando constantemente en cuenta las exigencias de no cargar con responsabilidades que no nos corresponden, podemos por lo menos reafirmar nuestro más ferviente convencimiento de que la opción democrática representa la única alternativa que, aun desde una perspectiva de búsqueda común, puede garantizar la estabilidad y el desarrollo.

Europa tiene una función que cumplir para favorecer la paz y la estabilidad en Centroamérica. Europa está geográficamente muy lejos de la escena centroamericana, no tiene planes estratégicos directos, ni intereses económicos relevantes, sin embargo, tiene vinculaciones políticas y culturales de antigua tradición con los pueblos, los gobiernos y las fuerzas políticas de la región, que la impulsan y la autorizan a intervenir en nombre del equilibrio y de la moderación.

La comunidad europea ya se comprometió directamente, en la conferencia de San José de Costa Rica en 1984 y en la de Luxemburgo el año pasado, a contribuir activamente en la búsqueda de una solución política sobre las motivaciones de la guerra. Consideramos que éste es el camino correcto. No obstante las diferentes opiniones existentes entre los gobiernos y las fuerzas políticas europeas, se ha venido formando, en Italia y en Europa, un “consenso mínimo” sobre algunos objetivos ampliamente compartidos: afianzamiento de la democracia y de los sistemas políticos pluralistas en Centroamérica; una solución política negociada de los conflictos, que hay que buscar a través del diálogo a nivel regional; una política de cooperación internacional para propiciar la implementación del desarrollo económico y social y para luchar y vencer desde sus raíces reales la inestabilidad político-económica.

Con esta intención el Instituto para las Relaciones entre Italia y los Países de Africa, America Latina y Cercano Oriente ha organizado esta conferencia que quiere ser una etapa de profundización, de discusión y, si fuese posible, de diálogo constructivo entre todas las partes comprometidas en el conflicto.

En estos 3 días, el terremoto que ha semi-destruido la capital de El Salvador, país al cual dirigimos toda nuestra solidaridad, ha añadido otros elementos de dolor y de ruina.

Deseamos profundamente que, más allá de todas las dificultades y de todos los pesimismos, estos 3 días de trabajo pueden ser fructíferos no sólo desde el punto de vista de la investigación cultural, de una libre confrontación de opiniones, sino más bien para una mayor comprensión recíproca.

Roma, 11 de octubre de 1986.